DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE SEVILLA

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1894 A 1895

POR EL DOCTOR

Don Antonio Almagro y Cárdenas

CATEDRÁTICO DE LENGUA ÁRABE

SEVILLA

Fernando de Santiago, Sierpes 49.

1894



Ilmo. Señor:

Los recuerdos históricos de la antigua Hispalis, de esta noble ciudad engrandecida por los Césares, ilustrada con la santa memoria de los Leandros é Isidoros, metrópoli de la España visigoda que guarda como sagrado depósito las venerandas cenizas del glorioso mártir San Hermenegildo, son, á no dudarlo, exclarecidos timbres de la historia nacional que llamarán siempre poderosamente la atención y despertarán el más vivo interés de cuantos, al amor á la patria, unan el noble deseo de ilustrarse con el conocimiento de la transcendental ciencia llamada por Cicerón «maestra de la vida.»

Vease aquí porqué, Ilmo. Señor, al aceptar yo el honroso encargo de dirigiros la palabra en esta ocasión solemne en que celebramos la inauguración de un nuevo año académico, no he vacilado en elegir un asunto cuyo interés naciera de su propia índole por referirse á las vicisitudes históricas de esta ciudad, ya que no de la habilidad y acierto con que había de ser por mí tratado.

La cultura arábigo-sevillana en sus aspectos literario, científico y artístico; he aquí el tema de la presente disertación y un asunto que á su interés local, añade cierta novedad, por no haber sido hasta hoy tratado con la extensión debida en todas sus fases.

Desde principios del siglo VIII hasta la mitad del XIII sufre la ciudad del Betis el yugo del Islam, y en ese período de cinco siglos tiene lugar en ella un drama por extremo interesante que comienza con las orgías de Abd-el-Aziz en el antiguo cenobio de Santa Rufina, y concluye al poner Asakkaf las llaves de Sevilla en manos del Santo Rey Don Fernando III.

De tan romancesco como interesante período apenas queda ya débil reminiscencia. De sus espléndidos y suntuosos alcázares embellecidos con perfumados pensiles cual nunca pudo soñar la más creadora fantasía, de aquellos monarcas tan valientes guerreros como inspirados vates, de aquellos poetas cuyas canciones resonaban en plácidas noches de luna por las márgenes del Guadalquivir, de aquellos sabios matemáticos, astrónomos y alquimistas, de aquellos visires cuya acertada administración era hija de la más profunda sabiduría, resta ya únicamente un vago recuerdo más ó menos desfigurado por la poesía popular, y el relato de las crónicas coetáneas, olvidadas en el polvo de los archivos nacionales y extranjeros.

Las brillantes páginas que esta ciudad ocupa en la historia literaria y artística de la España sarracena, dignas son de ser estudiadas con toda extensión y detenimiento. Mas no disponiendo yo ahora de tiempo suficiente que dedicar á tan importante como transcendental estudio, me concretaré tan sólo á trazar el plan de lo que pudiera ser un libro ó una serie de volúmenes sobre la cultura de los musulmanes sevillanos, en todas sus manifestaciones.

Necesario es decir ante todas cosas y aunque sea doloroso el confesarlo, que la historia literaria y artística de Sevilla, sobre todo la que se refiere á la época de la dominación árabe, está por hacer. Las obras de los historiadores Aben Jaldun y Almaccari, las del berberisco

Aben Adzari y las colecciones bibliográficas de los españoles Aben Pascual é Ibn Alabbar, Aben Alfarad y Aljatib, llenas están de menciones referentes á literatos, sabios y artistas sevillanos; pero falta coleccionar estos datos en un completo y metódico cuerpo de doctrina.

También es doloroso que eruditos extranjeros tracen en este punto el camino de lo que debía hacerse en nuestra patria; pues mientras vemos al sabio holandés Mr. Reinhart Dozy dar á luz el libro más completo sobre la historia de los fastuosos Abbadíes de Sevilla, y en tanto que se populariza cada día más la agradable obra de Adolfo Federico Schack en que aparecen vertidos antes al alemán que al español los versos del rey sevillano Almotamid, observamos también que los arabistas españoles tienen que acudir al extranjero y traducir á lenguas exóticas las crónicas y narraciones de la España árabe, para que sus traducciones merezcan los honores de la publicidad.

Tiempo es todavía, sin embargo, de emprender la historia completa literaria y artística arábigo-sevillana, pues trabajo de esta índole, si bien no se ha ensayado aún en nuestra patria, tampoco lo ha llegado á completar ningún sabio extranjero. Las obras biográficas é históricas de los musulmanes andaluces poseen en esta parte multitud de pasajes inéditos é incalculable riqueza de datos que pueden servir en gran manera para ilustrar nuestras historias regionales, brindando á los jóvenes estudiosos extenso campo para que ejerciten sus conocimientos en el importantísimo idioma árabe.

Tal es, por lo tanto, el fin que me propongo, al trazar á grandes rasgos la historia de la literatura y de las artes en Sevilla durante la dominación muslímica: adelantar el plan de un trabajo cuya novedad no nos disputen el día de mañana los eruditos extranjeros, y estimular noblemente á la juventud para que se dedique con asiduidad al estudio de un idioma que ha de servirle después para recrearse en las bellas producciones de la literatura arábigo-sevillana.

Enunciado en esta forma el tema que voy á desarrollar, trazaré ante todas cosas el plan del trabajo, indicando al propio tiempo las

partes que lo constituyen.

La historia de la dominación musulmana en Sevilla ostenta un carácter peculiar y privativo dentro de la historia nacional. Es, como si dijéramos, el término medio, el declive por donde la cultura muslímico-española marcha á su ocaso.

En los suntuosos alcázares de Córdoba y en los pensiles de Medina Az-Zahra, bajo la egida de los Abderrahmanes y Alhakemes, llegó el pueblo invasor de la península al cenit de su grandeza. Entre el lujo y los placeres de la efímera y corta dinastía Abbadita comenzaron á notarse los primeros síntomas de la decadencia que más tarde había de terminar con las lágrimas de Boabdil al alejarse para siempre de la Alhambra.

Tiene, por consiguiente, la historia de la dominación árabe en Sevilla, ese atractivo y ese tinte seductor que rodea de encantos indecibles las breves horas de una tarde serena y los hermosos días del plácido otoño. Las vicisitudes de esta historia local también ostentan otros caracteres peculiares, por haber sido Sevilla la ciudad en que la raza indígena hispano-visigoda se conservó por más tiempo con sus creencias primitivas, y el punto que marca la más frecuente comunicación entre el África y el Andálus, merced á las invasiones de almoravides y almohades.

Siendo la literatura y las artes, manifestaciones inmediatas de la vida social, obsérvase que las vicisitudes históricas influyen poderosamente en el carácter de las obras artísticas; y esta ley general la vemos cumplirse una vez más en la historia literaria de Sevilla durante la dominación musulmana, que puede dividirse en cuatro épocas como su historia política del mismo período.

La *Primera Época*, hispano-musulmana ó de juxtaposición de razas, se caracteriza por la preponderancia del elemento *mozárabe* y escaso desarrollo de las artes y las letras arábigas, comprendiendo desde la invasión hasta los Abbaditas.

Con la aparición de los reinos de «taifas» coincide el comienzo de la dinastía de Abul Casim y el *Siglo de Oro* de la poesía arábigo-sevillana,

que es también la *Segunda Época.*

Las invasiones africanas de almoravides y almohades marcan con el principio de la *Época Tercera,* el de la *decadencia* de las formas poéticas que concluye con la toma de la ciudad por San Fernando.

Finalmente, la *Cuarta Época* ó *mudéjar* es el renacimiento de las aficiones y de las artes arábigas, después de haber sido conquistada la ciudad.

Dedicaré breves consideraciones á cada una de las épocas enunciadas anteriormente.

I.

Al fenecimiento de la monarquía visigótica con el rey Don Rodrigo en las márgenes del Guadalete, no siguió de un modo inmediato la conquista de Sevilla. Desde 711 en que el infaústo suceso tuvo lugar, logra todavía sostenerse incólume del yugo agareno la noble Hispalis hasta mediados del año 712 en que Muza Ben Nosair, habiendo venido al socorro de su lugarteniente Taric, despúes de apoderarse de Medinasidonia y tomar la fortaleza de Alcalá de Guadaira, se dirige á Sevilla que ocupa sin gran resistencia y, confiando su custodia á una pequeña guarnición de africanos y judíos, emprende la marcha á Mérida, mientras que la tropa gótica evacua la ciudad tomando la vía romana que se dirigía á Niebla por las bocas del río Guadiana.

He aquí consumado el transcendental suceso cuyas consecuencias, si se extienden á todos los órdenes de la vida nacional, no pueden menos de alcanzar también á su cultura y civilización. La conquista de los árabes produce en primer término una decisiva fusión de las razas hispano-visigóticas, hace cobrar energías al noble pueblo español en medio de su desgracia, y favorece las recíprocas influencias del elemento oriental é

hispano-latino, que han de engendrar después las portentosas producciones del arte arábigo español.

No acaban, sin embargo con la monarquía visigoda los primordiales elementos de nuestra nacionalidad, sino que, por el contrario, á pesar de los dominadores y aun bajo su yugo, vive durante largos siglos la raza vencida, conservando, con las creencias de sus mayores la lengua latina, sus usos y costumbres, y hasta las leyes por que se habían regido antes de la irrupción.

Los *mozárabes,* que así se llaman estos cristianos avecindados en territorio enemigo, cumplieron en el Mediodía de España una misión providencial, salvando nuestra civilización mientras los valientes campeones capitaneados por Don Pelayo salvaban nuestra nacionalidad en las montañas de Asturias.

La opulenta Julia Romúlea, la nueva *Emesa* desde que en ella toman asiento las tribus árabes, la encantadora Sevilla es quizás entre los demás pueblos de España, el que más se distinguió por haber conservado largo tiempo las tradiciones visigóticas. Merced á la tolerancia de los walíes y de los primeros califas, se nos ofrece en ella durante los primeros siglos de la dominación, la coexistencia libre y pacífica de mozárabes y mahometanos. Las arraigadas creencias de un pueblo evangelizado por la elocuente palabra y el ejemplo de San Leandro y de San Isidoro, y los gérmenes de cultura sembrados en las escuelas fundadas por tan sabios obispos, no podían desaparecer en un momento, por grande que fuera el fanatismo y la pujanza de los sectarios del Islam. Así es que en las escuelas mozárabes sevillanas se continuaron sin interrupción las mismas piadosas y cultas enseñanzas que habían existido durante los últimos monarcas visigodos, mientras que los califas cordobeses trataban de eclipsar estas glorias creando colegios y almadrazas en que los más sabios alfaquíes del Oriente venían á defender con apasionados discursos las doctrinas del Alcoran.

Los primeros destellos de la cultura oriental que ilustró las escuelas del califato, no son, sin embargo, suficientes para desvirtuar el concepto

de que los verdaderos salvadores de nuestra civilización en la Edad Media fueron los mozárabes. El ejército invasor no se componía ciertamente de sabios ni artistas, sino que era una mezcla heterogénea de árabes, bereberes y judíos, rudos, fanatizados y ajenos completamente á las artes y las letras; y si más tarde descollaron en la España musulmana aficiones artísticas, debiose al influjo de lejanas civilizaciones y al que ejerció en los conquistadores la propia civilización de los vencidos.

Así es que será difícil encontrar en los documentos históricos testimonios abundantes de la cultura arábiga en Sevilla durante este primer período que comienza en la invasión y concluye con los califas de Córdoba; y aunque hay quien asigna al comienzo de esta época la edificación del Alcázar, no puede, sin embargo, admitirse científicamente tal hipótesis.

Las primeras obras arquitectónicas de los árabes, una vez posesionados de esta ciudad, se llevaron á efecto en el monasterio de Santa Rufina, elegido para su residencia por el caudillo Abd-el-Aziz y profanado con las lúbricas orgías que siguieron á su unión con Egilona la viuda del desgraciado rey Don Rodrigo.

Mientras el emir y su corte se entregaban á tales excesos, los mozárabes, alejados de esta corrupción, consagrábanse con asiduidad á las artes, sin descuidar las obligaciones del culto divino.

La memoria de los egregios prelados visigóticos renació en el famoso Juan Hispalense á quien las crónicas coetáneas apellidan Said Yhaia Almitran. Tan sabio como piadoso metropolitano, que floreció en la primera mitad del siglo IX, llegó á sobrepujar en el perfecto y acabado conocimiento del idioma árabe á los más célebres alfaquíes de aquella época, como claramente lo da á conocer el *Comentario católico á las Sagradas Escrituras* que compuso en dicho idioma y le ha hecho merecedor de que el arzobispo Don Rodrigo en su Historia le apellide «gloriosus et sanctisimus Episcopus, magna scientia in lingua arabica clarens» y Álvaro de Córdoba le dé el dictado de «romanæ dialecticæ caput.»

Del propio modo que el obispo Said Yhaia ó Don Juan, otros mozárabes sevillanos se distinguían en el cultivo de las letras, pudiendo citarse entre los más aventajados escritores del siglo IX, á Pedro, sacerdote de Écija; al teólogo hispalense Juan que sostuvo contiendas literarias sobre teología, metafísica y retórica con el célebre Paulo Álvaro, y á Tendula que desde su cátedra de Sevilla combate la herejía de Nestorio, cuya faz repugnante hace aparecer de nuevo entre la grey cristiana el metropolitano de Toledo Elipando.

La gloria de la cultura arábigo-hispana en Sevilla como en el resto de la península durante los primeros siglos de la dominación, corresponde á la raza española ó mozárabe. Ella pudo conservar con su independencia durante los primeros califas, su propio idioma, sus costumbres, sus leyes y hasta sus obispos y sus condes, logrando salvar el rico tesoro de la ciencia isidoriana y las espléndidas artes visigóticas cuya grandeza reconocen los mismos autores árabes. La raza indígena mantúvose en muchos puntos del saber culta y letrada cuando los árabes no lo eran, y mientras que estos en el siglo primero de su dominación se muestran rudos é ignorantes, las artes de los españoles florecen, para rivalizar más tarde con los propios estudios sarracénicos fundados por los califas de Córdoba.

La cultura de los mozárabes no se concretó á la lengua latina y á la literatura y ciencias eclesiásticas, pues que se llegaron á asimilar el lenguaje de los invasores con tanta perfección, que sus poesías superaban en mérito á las de los más cultos y pulidos vates muslímicos de Córdoba y Bagdad. Esta marcada influencia de la lengua y literatura de los vencedores en la de los vencidos, determinó á la larga un progresivo y gradual desuso de la lengua latina, que no pudieron evitar con su sabias disposiciones los prelados, y ocasionó después la ruina y expulsión de los mozárabes, decretada por los almoravides.

Mientras tales síntomas de decadencia ofrecía la raza indígena ó hispano-latina, los dominadores musulmanes comenzaban á dar las primeras pruebas de su cultura literaria y artística.

La región andaluza había recibido con las primeras inmigraciones de familias asiáticas, valiosos gérmenes de la civilización oriental. Á Hispalis y su comarca habían venido á establecerse muy nobles tribus y entre ellas las de Emesa que dieron después su nombre á la ciudad, las de Aznan, de que descendieron los Beni Zora, la de Ayad á que pertenecieron los famosos médicos Beni Zohr y, por último, los Lakmies, de cuya familia fueron descendientes los sultanes Beni Abbad.

Estos valiosos elementos dieron gran preponderancia á *Ixbilia* (que es como apellidaron los árabes á la ciudad del Betis) sobre todo desde que en ella estableció Abd-el-Aziz la corte de su imperio y continuó aun después de haber trasladado Alhorr la capitalidad á Córdoba.

En tiempo de Abderrahman I un cadí ó gobernador de Sevilla, Abd-el-Melic, se hace célebre, tanto por su acertado gobierno, cuanto por su estro é inspiración de que son prueba las hermosas poesías *Á una palmera* que nos ha conservado el famoso Almaccari. Este mismo Abd-el-Melic Ben Omar secundó el movimiento literario que impulsaban los Omeyas y del que participó Sevilla por su proximidad á Córdoba y su propia importancia.

La cultura muslímica que no había existido primeramente, vino á coincidir después con la de los mozárabes, sobre todo desde tiempo de Alhakem II que fué según lo más probable el que abrió, juntamente con otras de varias poblaciones, la escuela pública de Sevilla, donde suponen algunos que estudió el Pontífice Silvestre II. Continuó Almanzor el impulso dado por Alhakem y á fines del décimo siglo se aumentaron considerablemente las bibliotecas y escuelas públicas, sobre todo desde el decreto de Hixem II que hizo obligatoria la enseñanza del árabe como idioma del Estado, disposición encaminada principalmente á disminuir la preponderancia del elemento indígena ó mozárabe, y á pesar de la que los hispano-latinos conservaron aún por mucho tiempo la supremacía que habían venido ostentando.

Dos manifestaciones de la cultura mahometana, las letras y la arquitectura, pueden estudiarse en Sevilla durante esta primera época de

juxtaposición de razas, que comprende desde el año 712 hasta el 1023 de nuestra era.

En el campo de la literatura se ofrecen bien escasas producciones. El primer poeta sevillano de este tiempo es Abbas Ben Mohamed Assalehi, nacido en *Talca* (la antigua Itálica) y que cita Addabi en sus «Biografías de varones ilustres» como escritor agudo y mordacísimo. Ocurrió su muerte el año 329 de la egira, á cuyo tiempo también pertenece el sevillano Mohamed Ben Alhasan Abu Beker, conocido por Azzobaidi é insigne filólogo, autor de varios poemas, de una *Gramática* é *Historia de Gramáticos* y del *Diccionario árabe* más antiguo que se conoce.

De ciencias físicas y naturales no puede citarse todavía ningún autor musulmán. El cultivo de los conocimientos científicos se circunscribía en este tiempo, como queda indicado á los mozárabes, que se aleccionaban en las obras del Doctor de las Españas San Isidoro, y especialmente en sus famosos *Orígenes* ó *Etimologías*, gran enciclopedia de los conocimientos humanos en aquel tiempo, que si marca el atraso de la época, se halla sin embargo libre de las preocupaciones y supercherías que se advierten después en las obras científicas de árabes y judíos.

Prescindiendo, por lo tanto, de otras ciencias, debe citarse aquí como personificador de las históricas, á Ajmed Ben Hazam, autor de una *Historia de varones eruditos*, que falleció en 350 de la egira, y á otro Ajmed Ben Abd-Allah, conocido por Albagi que, como el anterior, vivió en Sevilla durante el siglo IV, distinguiéndose en toda clase de doctrina y erudición.

Finalmente, por sus obras jurídicas se hicieron notables Ajmed Ben Abderrahman, llamado también Ben Alabri (293 á 379 de la egira) y autor de unas *Instituciones Jurídicas* y de una *Teología Mística*, y el cadí Ajmed Ben Abd-el-Malic ó Aben Almecní que por mandato del califa Alhakem, juntó en una *Compilación legal* las disposiciones de cien códigos conocidos en aquella época. Este exclarecido jurisconsulto murió el año de la egira 401 y había desempeñado en Córdoba el alto cargo de presidente del supremo *Mexuar* ó tribunal de justicia.

Mientras las letras y las ciencias se cultivaban en esta forma, la arquitectura arábigo-sevillana ofrecía también sus primeros ejemplares.

La escasez de los restos de arquitectura árabe en Sevilla pertenecientes al califato se explica teniendo en cuenta que en este tiempo era en Córdoba donde la España muslímica brillaba con todo su lujo y esplendor.

Á pesar de ello, las primeras obras en el Alcázar se remontan á la época de los *yemanies*, habiéndole reedificado el fundador de la dinastía omiade Abderrahman I, aunque de sus construcciones quedan en el regio alcázar muy pocos restos, siendo en su parte principal de fecha muy posterior.

En la época á que me refiero, el principal ornato de *Ixbilia* era la Aljama principal que, construida acaso sobre un templo visigótico y semejante á la de Córdoba, aunque con menos suntuosidad y de más reducidas dimensiones, estuvo en el sitio en que hoy se levanta la Iglesia Mayor, habiendo sido incendiada por los normandos.

También sería notable el palacio donde vivió San Hermenegildo, que se conservó algunos siglos después de la invasión, aunque su sitio se ignora. Este y las iglesias mozárabes marcaban la coexistencia de los dos géneros arquitectónicos, análoga á la que existió en ciencias y letras, y de que ya va hecho mérito.

La arquitectura bizantina prestó á la del califato sus primeros elementos que luego habían de enriquecerse con la vistosa ornamentación de procedencia asiática cuyos rasgos se ostentan en los edificios de la época clásica hispano-árabe.

Pero las construcciones arábigas en Sevilla no llegan á su perfección en este tiempo, así como tampoco la literatura y demás artes que florecieron en épocas posteriores y, sobre todo, en la de los Abbaditas, cuyos fastos artísticos y literarios me corresponde ahora recordar.

II.

Consumada la ruina del califato cordobés, por esa ley histórica que

rige la constante renovación de los seres así colectivos como individuales, aparecen los reinos de *taifas*, nuevos organismos á que afluye la vida de la España sarracena. Pero entre todos estos reinos, sinó por su duración, al menos por su extenso territorio, por sus riquezas y por la altura á que en él llegaron las artes y las ciencias, fué acaso el más considerable el de Sevilla.

La importancia de una ciudad que durante la dominación romana había sido capital de la Bética y en el reinado de los últimos monarcas visigodos metrópoli de toda la Epaña, su proximidad á Córdoba de la que había ido recibiendo numerosos elementos de vida, la gran preponderancia que á principios del siglo XI llegó á alcanzar, son circunstancias que explican porqué la decadencia del califato influyó tanto en el engrandecimiento de Sevilla, que hubo de heredar las grandezas muslímicas de Córdoba, brillando por algún tiempo con inusitado esplendor durante la monarquía de los Abbaditas.

Desde tiempo de las primeras invasiones islámicas existía en España una egregia familia perteneciente á la estirpe de los Lakmies, de que también era procedente Muza Ben Nozair, el conquistador de tantas provincias españolas.

De tan exclarecida progenie descendía Abul-Kasim Mohamed, establecido hacía tiempo en Sevilla, donde gozaba de grande influencia, así por su acaudalada posición como por sus prendas personales.

En el año 413 de la egira, época infausta de las calamidades que trajo en pos de sí el apocado Hixem II, después de variadas y prolijas vicisitudes en que las riendas del gobierno, que nunca llevó el monarca, pasaron sucesivamente de las manos de Almanzor á las de sus hijos Abd-el-Malic y Abderrahman, y cuando ya todos creían que el califa había muerto, aparece inesperadamente, tal vez por instigación del propio Abul-Kasim, un hombre que se dice ser Hixem y asegura que habiendo podido salvarse del traidor Suleiman, marchó á refugiarse en Oriente de donde había vuelto después á su patria.

Abul-Kasim hace en seguida reconocer como soberano á este

supuesto Hixem y, ocultándole en su palacio, se declara su *ajib*, comenzando á gobernar en nombre suyo, mientras consigue que le reconozcan muchas é importantes ciudades.

Tal fué el origen de la dinastía Abbadita, cuya fundación se debe á Abul Kasim Mohamed Ben Ismael, aunque no llegó á su engrandecimiento hasta la época de su hijo Almotadid que por muerte de su padre ocupó el trono, en 434 de la egira.

Abbad Almotadid Ben Mohamed era hombre de gran corpulencia y ambiciosos designios que no perdonó medios para extender los límites de sus estados. Al subir al trono, declara que ha fallecido Hixem y se proclama soberano con el sobrenombre de *Almotadid Billah* ó «el que se apoya en Dios.» Una traición que no tuvo reparo en cometer, puso en sus manos las ciudades limítrofes, á cuyos régulos ahogó dentro de un baño que les había invitado á tomar, perdonando sólo á Ibn Nuh señor de Arcos y Morón. Almotadid añadió á este crimen la crueldad de adornar sus jardines con las cabezas de aquellos á quienes había traidoramente asesinado, y de privar de la vida á su mismo hijo Ismael. Este carácter sanguinario no le privó de ser poeta de alguna inspiración, como lo prueban sus composiciones, entre las que deben citarse una á Ronda y otras de carácter báquico y diverso que ha conservado Aben Jacán en su obra *El collar de oro.*

Sobrepujó, sin embargo, grandemente á Almotadid en el estro poético, su hijo Almotamid que ocupó el trono, por muerte de su padre, en 1069 (461 de la egira.)

Era Mohamed Almotamid Ben Abbad, según dice Ibn Jalicán, el más liberal, hospitalario, magnánimo y poderoso de todos los príncipes de España y su palacio fué la posada de los peregrinos, el punto de reunión de los ingenios y el centro á donde se dirigían todas las esperanzas; de suerte que á ninguna otra corte de los príncipes de aquella edad acudían tantos sabios y tantos poetas de primer orden.

Desde sus más tiernos años dió Almotamid pruebas de su inspiración y de su estro poético, dedicando sus primeras composiciones á Silves,

en donde había pasado la mayor parte de su juventud.

Algún tiempo después, el haberse descuidado en una expedición militar á Málaga, fué motivo de que se indispusiera con su padre, consiguiendo, mediante una bella poesía, al fin y al cabo la reconciliación.

Sus aficiones poéticas fueron causa de que contrajese matrimonio con una joven de condición humilde á quien llamaban Itimad y por otro nombre la Romaiquia. El origen de este enlace lo refieren los historiadores del modo que sigue.

Paseaba Almotamid acompañado de su ministro Aben Ammar por las márgenes del Guadalquivir, y como el céfiro rizase suavemente la superficie del río, el príncipe dió pié para unos dísticos á su privado, en la forma siguiente:

El agua por los céfiros rizada
En brillante loriga se tornó

Entonces como el visir titubease para encontrar el consonante, una joven que allí había dijo sin vacilar:

Y mejor, si se hallase congelada
Para entrar en combate no se halló.

Desde aquel momento el rey quedó prendado de Itimad que era la poetisa, y mandó que la condujeran á su palacio para tomarla luego por esposa.

Encumbrada la Romaiquia desde tan humilde origen á ser la favorita del monarca sevillano, llegó á dominar caprichosamente á su marido, como lo demuestra el siguiente episodio que trae en sus *Analectas* el famoso historiador Almaccari:

Entre las cosas más notables que se cuentan de la Romaiquia (dice el autor mencionado) hállase una anécdota famosa que ha convertido en proverbiales las palabras de Almotamid cuando dijo: «Menos el día del lodo.» He aquí la historia. Habiendo visto Itimad á algunas mujeres ir descalzas pisando el lodo, le dió también deseo de hacer lo mismo. Entonces, con el beneplácito de su esposo, mandó que el patio del alcázar lo llenaran de misturas y polvos aromáticos. Después hizo caer sobre aquellos perfumes una lluvia de agua de rosas y mezclándolo todo

hasta que se hizo barro, entróse en él, ella con sus esclavas. Desde aquel día, cuando Itimad se enojaba con su marido, diciéndole que nunca se le había mostrado complaciente, Almotamid contestaba con gran paciencia: «Menos el día del lodo;» y al punto se le quitaba el enojo y se sonreía.

El emir era muy aficionado al esparcimiento y los festines y su historia está llena de episodios muy semejantes á los que se cuentan del califa de Bagdad Harum Arraschid. Los fanáticos alfaquíes censuraban semejante disipación, odiando por ello grandemente á Itimad que era la principal causante de que el rey viviera en una prolongada orgía, olvidado de los preceptos del Alcoran, y, sobre todo, del que veda el vino, pues tal prohibición nunca fué un obstáculo para que Aben Abbad abusara de tal bebida, entonando en su honor largas composiciones.

El estro de Almotamid no se reducía, sin embargo al género báquico, pues de su fecundo numen hay poesías en toda clase de argumentos y estilos. Ora el amor impulsaba las cuerdas de su lira para que cantase en el palacio de Mozainia á una de sus esclavas ó la ausencia de otra favorita cuyo recuerdo evocaba en su espíritu la melancólica luz de la luna; ya los espléndidos jardines de Medina Az-Zahra eran objeto de sus canciones, ó rendía tributo á la amistad saludando con inspirados versos á su visir Abul Asbaj.

Difícil sería enumerar todas las producciones de este romántico monarca é inspirado vate, mas citaré como dignas de leerse, una que lleva por título *Á la gacela*, otra *Á su visir Ebn Lebbana cuando le ofrece vino*, la sentida canción *Á la imagen de su amada* que se le aparece en sueños y, por último, los dísticos *Al visir Abul-Hassan* que le había enviado un ramo de narcisos. Todas estas poesías pertenecen á la primera época de su reinado en que le sonreían la felicidad y la fortuna. Pero después su buena estrella se comenzó á eclipsar y el infortunio cernió sobre él sus negras alas.

Su muy querido hijo Abbad fué asesinado, y á esta primera desgracia siguieron amontonándose nuevos contratiempos.

Alfonso VI cobraba desde hacía años un tributo del emir sevillano, y como en cierta ocasión se negase este á satisfacerlo, el rey de Castilla le declaró la guerra. Viéndose con escasas fuerzas Mohamed Ben Abbad pidió auxilio al almoravide Yusef Aben Taschfin quien se apresuró á venir del África, dándose poco después la célebre batalla de Zalaca en que sufrieron los cristianos una espantosa derrota. Envalentonado Yusef con esta victoria debida casi por completo al valor de los fieros africanos que acaudillaba, decidió levantarse con el imperio del Andálus y, volviéndose contra el mismo rey que había implorado sus auxilios, se apoderó de Sevilla, cogiendo prisionero al propio Almotamid, á quien llevó al África, reduciéndole en Agmat á triste prisión donde murió el año 484 de la egira (1095 de nuestra era.)

Las tribulaciones que amargaron al destronado rey los últimos años de su existencia no fueron suficientes para hacerle perder su afición á la poesía, y si antes dedicó himnos al amor y á los festines, entonaba ahora lúgubres endechas á su desgracia, lamentándose en cadenciosos versos de su prisión, ó prorrumpiendo en exclamaciones de alegría, cuando algun rayo de esperanza venía á iluminar el negro horizonte de sus desventuras.

¡Lastima grande que las contiendas y encarnizadas luchas de aquella época azarosa llevaran á morir lejos de su patria y en obscura prisión al último Abbadíe, al inspirado vate cuyas canciones resonaron un día en los regios pensiles sevillanos.! Allá en la solitaria Agmat, bajo la sombra de triste palmera, reposaban en el olvido las cenizas del desgraciado rey sin que una lágrima se derramase á su memoria, hasta que otro poeta andaluz, el granadino Aben Aljatib fué al África y entonó sobre su tumba la fúnebre *cassida* que inmortalizó el recuerdo de aquel monarca tan grande como desventurado.

El estro poético de Almotamid respondía ciertamente á las aficiones de la época, pudiendo citarse varios poetas de la corte que rodeaba al monarca. Sin perjuicio de otros varios de que hablaré más adelante, debo mencionar aquí á Aben Zeidun que aunque oriundo de Córdoba, vivió en la corte de Almotamid y, sobre todo, al famoso visir Aben Ammar.

Había nacido este en Silves y los primeros años de su vida fueron muy accidentados, pues vivió completamente nómada y errante. Después, por la fama de sus versos, obtuvo la privanza de Almotamid, pero este llegó á enemistarse hasta tal punto con Aben Ammar que al fin y al cabo le quitó la vida.

Termina con Mohamed Almotamid Ben Abbad la dinastía Abbadita y el siglo de oro de la poesía arábigo-sevillana que comprende casi todo el onceno, desde 1023 hasta 1095.

Esta época es una de las más interesantes de la historia, por la variedad de los episodios y la mezcla de barbarie y cultura que nos ofrece, siendo de notar que la perfección literaria que en ella admiramos, coincide con la preponderancia del partido árabe-español del cual es personificación inmediata la dinastía de los Abbadíes, así como la Omiade personificó el partido extranjero.

La literatura en todas sus manifestaciones se cultiva con grandes resultados, siendo tal el número de poetas de este tiempo á que se refieren las antologías y colecciones árabes, que se hace muy difícil su enumeración.

Ofrécense, sin embargo, en medio de la variedad de las composiciones, algunos caracteres que las distinguen á todas ellas, y son, al lado de la inspiración y el sentimentalismo, la afectación, el sensualismo y el alambicamiento.

El reinado de Almotamid, época de orgías y de placeres, cuya afeminación reconocen los mismos cronistas arábigos, trajo en pos de sí desgracias sin cuento, y en sus poesías, si algunas veces rebosa la animación del festín, nótase las más el rebajamiento que viene como consecuencia de la relajación moral y la tristeza que producen los goces excesivos.

En la imposibilidad de ocuparme de todos los literatos de este tiempo, citaré aquellos que por haber sobresalido, son acreedores á especial mención.

Los mozárabes continuaron cultivando la literatura arábiga,

distinguiéndose por sus hermosas poesías Ibn Almargari é Ibn Martín, ambos pertenecientes á la época de los Beni Abbad.

Entre los poetas musulmanes de la corte de Almotamid descollaron Aben Lebbana, autor de elocuentes elogios al emir sevillano; Abu Beker que presagió en sentidas poesías el triste fin de la dinastía Abbadita, y Abdul Chalil cuyos versos merecieron del último Abbad una recompensa de mil monedas de oro.

Cultivó en este tiempo la poesía erudita Ben Alarabi, natural de Sevilla y profesor de bellas letras, cuyos conocimientos perfeccionó en un viaje á Oriente, escribiendo, á más de varias obras jurídicas, una descripción poética que titula *Ensueños*. También merece citarse Abd-el-Kader el Amui, gramático y poeta que murió en Ocad, el año 420 de la egira.

Al propio tiempo que florecían tan esclarecidos vates, nobles princesas y distinguidas damas consagrábanse al cultivo de la literatura siguiendo el ejemplo de la sultana Itimad. Una hija del propio Almotamid, Botseina, fué insigne versificadora, así como otras varias musulmanas. Entre ellas merece citarse en primer término Meriem (María,) hija de Abu Yacub Alfaizuli. Esta noble sevillana, que floreció el año 411 de la egira, fué célebre por su erudición, habiendo cultivado con éxito el género epigramático. Algasania solía dedicar á los emires, poesías que han merecido los elogios de su contemporáneo Alhomaidi; mientras que Safia, habiéndose hecho notable por su elegancia en el decir y fácil estro poético, causaba también admiración por su gallardo carácter de letra, tomado por modelo por los más hábiles pendolistas. Murió á los treinta años de edad, el 417 de la egira, y su mejor obra es un hermoso poema sobre el *Arte de bien escribir*.

Otros muchos y esclarecidos vates florecen en Sevilla durante esta época, cuyos nombres y composiciones mencionan los cronistas coetáneos como el más bello ornamento de la corte de los Abbad.

Los conocimientos científicos no fueron, sin embargo, cultivados con la misma afición que la poesía. En el año 429, se sabe que llegó á

Sevilla el famoso médico y matemático oranés Abdallah Ben Talha á quien quizás se deba el comienzo de dichos estudios en la ciudad del Betis durante la dominación árabe. La gramática y la historia se siguieron cultivando con algunos resultados. El filólogo y erudito Ajmed Ben Abdelcáder Ben Said, que murió en el año de la egira 420, se hizo célebre por su obra *Diversas lecturas del Alcoran* y otra *Sobre los Testamentos* según la legislación musulmana. Ismael Ben Mohamed Ben Hazrrech, llamado Ben Haretz, escribe una *Historia literaria de la España árabe*, dividida en cuatro partes, y Sakem Ben Said da á conocer en su *Biblioteca de escritores españoles* los más notables autores árabes que vivieron hasta su tiempo (457 de la egira.) Dichas obras y el libro sobre el rey Aben Abbad por Mohamed Abu Beker Ben Kasem Yelbi, son las mejores fuentes de datos históricos sobre esta época.

Para completar el estudio de la cultura arábiga en Sevilla durante el reinado de los Beni Abbad, haré algunas indicaciones sobre los monumentos arquitectónicos que á ella corresponden y su estilo.

En tiempo del primer Abbadi, Mohamed Ben Ismael, ya existía en Sevilla un Alcázar (tal vez el mismo reedificado por Abderrahman I.) pues, según la narración histórica, Aben Ismael aseguraba que tenía oculto en su Alcázar á Hischem; y en la inscripción sepulcral de dicho emir, se hace igualmente referencia á sus alcázares.

Respecto de Mohamed Almotadid, los historiadores árabes mencionan su magnífico *harem*, capaz para albergar setenta mujeres, lo cual le valió las censuras de los alfaquíes por su falta de religiosidad.

El sucesor de dicho rey edificó el palacio de Scharachib, muy celebrado en sus poesías. Á la munificencia del propio monarca se refieren varias inscripciones, tales como la lápida de la iglesia de San Salvador y las de San Juan de la Palma, existentes en el Museo Provincial.

También se debe á los Abbaditas la construcción del alcázar de *Bib Rayel* que menciona el repartimiento del Rey Sabio y en el que establecieron las monjas del Císter el convento de San Clemente. Se sabe

que Almotamid albergó en él á Yusef Aben Taschfin excitando su envidia.

La mezquita mayor, según varios datos históricos, se supone fué obra de Almotamid. Pero acaso dicho templo fué la misma catedral visigótica convertida en Aljama, destruida después por los normandos, y que Yacob Aben Yusef mandó edificar de nuevo.

Cítanse en las poesías de Aben Abbad los nombres de varios palacios que embellecían su espléndida corte y de varias quintas y casas de recreo, edificadas en las cercanías de la ciudad, y cuyos nombres eran, Almubarac, Almucaran, Mozainia, Zoraya y Azahir.

Sumamente difícil es ahora encontrar los restos de tales construcciones, después de haber sufrido Sevilla el rigor de las armas africanas en tiempo de los almoravides y almohades, y un cambio completo de dominación desde que se posesionó de ella el Santo Rey Don Fernando III. Puede, sin embargo, formarse una idea sobre el género arquitectónico de esta época, por los vestigios que han llegado á conservarse y que ostentan el mismo estilo ornamental del Califato, cuyas formas se habían conservado aún libres de toda otra influencia.

III.

Nuevo carácter ofrece la historia de la dominación musulmana en Sevilla, desde las invasiones africanas que acaudilló el almoravide Yusef Aben Taschfin. Al terminar la dinastía Abbadita pierde la ciudad del Betis con su independencia el sello peculiar de su literatura, al propio tiempo que las costumbres nada cultas de los invasores, determinan una sensible decadencia en las formas literarias, precursora de su completa desaparición.

No hay que buscar en esta época la gallardía que tanto atractivo

presta á las producciones de la edad de oro. Á la influencia oriental y asiática que predomina en siglos anteriores, sucede la del elemento meridional y africano, perdiéndose la perfección de la forma con el olvido de los clásicos modelos. No es esto decir que el fanatismo de los almoravides y almohades excluyese por completo el cultivo de las letras y de las artes, pero estas se ofrecen ahora con menos perfección, merced á influencias nada cultas. Lejos de producir resultados beneficiosos en el arte arábigo español las invasiones africanas que asolaron la Península desde fines del siglo undécimo, adviértese que la cultura de los musulmanes españoles ejerce notable influencia en las comarcas del vecino continente, como no puede menos de confesar el célebre escritor Aben Jaldun.

Deben, sin embargo, distinguirse varias manifestaciones en el arte dentro de esta misma época, por presentar también dos fases diversas su historia.

En el año de 1091 comienza la dominación almoravide y con ella una serie de interminables y sangrientas luchas en que los invasores dirigen sus armas, ya contra los cristianos ya contra sus mismos correligionarios los árabes españoles. Pero á fines del siglo duodécimo una nueva irrupción africana, la de los almohades, pone fin al poder de los almoravides y su caudillo Yacub Aben Yusuf, venciendo á Alfonso VIII en la batalla de Alarcos (1195,) consolida de nuevo la dominación de los musulmanes en España.

Las largas y sangrientas luchas que se sucedían sin cesar durante la dominación de los almoravides y almohades, no fueron obstáculo para que se cultivaran en esta ciudad las letras y las artes á pesar de tan calamitosas circunstancias.

Para mayor orden y claridad me ocuparé separadamente de las manifestaciones literarias y científicas de la cultura arábigo-sevillana en esta época.

La poesía que durante el califato y aun en tiempo de los Abbaditas ofrece un carácter clásico y oriental, tiene ahora un estilo más llano y

español. Personifica esta forma literaria Abu Beker Ben Cuzmán, que floreció á principios del siglo VI de la egira, y aunque natural de Córdoba, pasó gran parte de su vida en Sevilla, dando en ella señaladas y numerosas pruebas de su estro. Distinguiose tan exclarecido vate en un género nuevo de composiciones ligeras y festivas, denominadas *azzayel,* y cuya particularidad consiste en que su lengua es el mismo árabe popular ó hablado de los moros andaluces que nunca se usó hasta ahora, ni en poesías ni en composiciones literarias de ningún género. Dice Abul-Hassan Ben Yahdar de Sevilla y el primer cancionero de aquella época, que nadie entre los poetas más distinguidos en este género tuvo una inspiración semejante á la de Aben Cuzmán, el gran maestro del arte; y Aben Jaldun celebra sus improvisaciones, cuando con varios jóvenes poetas emprendía viajes de placer por el Guadalquivir.

Contemporáneos de este Aben Cuzmán fueron, Aben Alarif que murió el año 536 de la egira y á sus dotes poéticas unió la de ser excelente calígrafo; Aben Calaf (543) á más de inspirado vate, orador elocuente; Aben Said (572,) y Abirragial (571,) cuyas composiciones se insertan en una Antología literaria, compilada por el damasceno Mohamed Ben Assaquer.

Á este mismo siglo sexto de la egira pertenece el insigne gramático Aben Jozail que aunque valenciano vivió largo tiempo en Sevilla, donde murió el año 593, y Mohamed Ben Suleiman Alcalaí, llamado también Aben Alcasira, príncipe de los oradores de su época.

En la siguiente centuria florecen Abul-Hassain Obaid Allah, insigne poeta, llamado Assakuní (612;) Mohamed Ben Mohamed Algafeki, vulgo Aben Hassan que aunque natural de Sevilla se educó en Granada y escribió poesías de diversa índole siendo walí del Almoxarifazgo; Abu Beker Mohamed Assadafita, el mejor poeta de su tiempo, que falleció en el Cairo en 1236 (634 de la egira,) y el orador y poeta Abul Hassan que habiendo nacido poco antes de entrar en Sevilla San Fernando, llegó á ser Ministro de los reyes de Granada y murió en Marruecos el año 666 de la era mahometana.

Al reseñar el movimiento científico de este tiempo, debe hablarse ante todo del esmerado cultivo que en él merece á los árabes sevillanos la filosofía, base y fundamento de todas las demás ciencias.

El filósofo zaragozano Aben Badja, más generalmente conocido por Aben Pace, trasladando su residencia á Sevilla por los años 1118 de J. C., es el fundador de la escuela filosófica de esta ciudad, que tan exclarecidos discípulos llegó á producir. Representa Aben Pace el renacimiento de la filosofía peripatético-arábiga según dan á conocer sus obras, y principalmente sus *Libros de Lógica* y su *Tratado de Política* que escribió en Sevilla, de donde trasladó su domicilio en los últimos años de su vida para habitar sucesivamente en Granada y Fez, ocurriendo su fallecimiento en esta última ciudad el año de 1138.

Entre los filósofos sevillanos discípulos y contemporáneos de Aben Pace se hallan Mohamed el Mehri que murió en 1211 de nuestra era, y Abulsat Omiah Abd-el-Aziz, autor de un tratado de lógica titulado *Dirección de la mente*, y de otras obras de filosofía general y de botánica. Dicho escritor murió después en el Cairo, el año 529 de la egira.

Al florecimiento y auge de los estudios filosóficos iniciado por Aben Pace, contribuyó después la circunstancia de haber ejercido en esta ciudad el cargo de cadí ó juez, el famoso Aben Roxd ó Abérroes, reconocido universalmente como uno de los más grandes filósofos de su tiempo. De Maimónides también se sabe que estudió astronomía con el sevillano Geber Aben Aflah y medicina con Abu Beker Ben Zohr también de Sevilla, en cuya misma capital enseñaron filosofía por este tiempo, Abul-Hassan Alacdar y Assharait de quienes fué discípulo el famoso Aben Atala.

La teología y el derecho musulmanes fueron cultivados con gran fruto del propio modo por Aben Mohrez (479 á 569 de la egira) y su coetáneo Mohamed Ben Abd-Allah Aben Alged (496 á 586 de la egira) á quien llamaban el «Oceano de sabiduría» y cuyas lecciones escuchó Averroes. Abu Beker Mohamed Alcaisi fué también jurisconsulto de gran

mérito y autor de un tratado jurídico en verso (M. en 625 de la egira) así como Aben Assayeh (M. en 680 de la egira) excelente profesor de teología y jurisprudencia, con los que también figuran Abul-Kasem Ben Abdallah Alamari (M. el 483 de la egira) llamado Assath y autor de un *Catálogo de Teólogos*, Aben Obaisch (1188 de J. C.) escritor de derecho y jurisconsulto, Nabeg Ben Yhaia Alraini (1194) y, por último, Aben Aldabag que siendo natural de Sevilla llegó á desempeñar el cargo de profesor en la Almadraza granadina y murió el año 1269 de J. C.

Al propio tiempo que las ciencias alcoránicas se cultivan las históricas con grande fruto. La especialidad de esta época son los biógrafos y principalmente Mahomed Ben Fatuh Alhomaidi (488 de la egira,) autor de una *Biblioteca Arábigo-Hispana*, Abdallah Ben Kalaf que dicen murió el mismo día en que se posesionó de Sevilla San Fernando, y á más de una *Biblioteca de autores españoles* escribió una *Historia de España*, Alamari (1108-1179 de J. C.,) Alfath Ben Alí Ben Jacán, autor de una Biblioteca arábigo-hispana que lleva por título *El collar de oro*, Aben Almorki (1217) cuya *Historia de nobles caballeros* es muy apreciable, Alakamir (1241 de J. C.) digno de elogio por su libro de *Sevillanos célebres* y el famoso autor de la *Assila* Aben Pascual, que aun cuando no fué natural de Sevilla, residió en ella muchos años, ejerciendo el cargo de walí de uno de sus cuarteles. Como compilador de *Hadices* ó tradiciones debe citarse á Ibn Arromia (567 á 637 de la egira) y como historiador de todos géneros al mismo Aben Jaldun que aunque natural de Túnez era de estirpe sevillana.

Las ciencias exactas también tuvieron aquí egregios cultivadores bajo la dominación de los almohades. El célebre autor del diseño de la Giralda, Geber Aben Aflah, fué además insigne geómetra y astrónomo; y excelente químico Abu Leitz Assecali que en 1197 terminó el dorado de las esferas labradas para el remate del bello y célebre alminar. Poco después de estos, Aben Yasmin natural de Fez y autor de un *Poema de Álgebra*, fija su residencia en Sevilla y explica con gran provecho matemáticas, volviendo después al Mogreb africano, en donde ocurre su

fallecimiento el año 600 de la egira. Finalmente Aben Exxath teólogo y matemático que murió en 1284 de J. C., cultivó con algún acierto la astronomía, como lo prueba su obra *Descripción y usos del astrolabio.*

Por sus conocimientos médicos fueron célebres los Benu Zohr. De este apellido y familia hubo tres profesores de medicina; Abu Abd-Allah Ben-Zohr que murió en 1131, su hijo Abd-el-Melic en 1161 y su nieto Mohamed en 1199. Este último es el generalmente conocido con el nombre de Aben Zohar. Llevan este apellido varias obras árabes del arte de curar, y entre ellas una sobre la composición de los medicamentos titulada «Tasir» esto es *Método de preparación* y otra acerca de la *Curación de las enfermedades.* Á la escuela médica sevillana pertenecen también Giafar Ben Mofrach, médico y matemático que floreció en 535 de la egira, Ben Galendo (581 de la egira) médico y filólogo natural de Zaragoza pero que durante muchos años tuvo su residencia en Sevilla, Mahomad Ben Alí Azzahiri (623 de la egira) médico y filósofo que solía prestar su asistencia á los regulos de aquel tiempo, y Abu Giafar Alcozon, también médico, aunque se ignora que sea autor de ninguna obra científica.

Como representantes de las demás ciencias se ofrecen Aben Motrif el químico, Abu Leits Azzecalí que vivió en Sevilla en el siglo XII y fué autor de un famoso libro titulado *El Lapidario*, Aben Alawan que escribió en el mismo siglo un buen tratado de *Agricultura* y Assadafi que murió en 1253 y á quien se debe un libro de *Técnica Militar*.

El fanatismo de los almoravides y almohades que no fué obstáculo, como habrá podido verse, para que las ciencias y las letras se cultivasen con gran éxito durante su dominación, produjo, sin embargo, el decreto de expulsión de los mozárabes, dictado por Alí Ben Yusuf, y en cuya consecuencia quedó privada Sevilla de un elemento que tan poderosamente había venido contribuyendo á su cultura durante la dominación sarracena.

El propio fanatismo y la misma ardiente fe mahometana se ha perpetuado en un notable monumento. Este es la gran mezquita edificada, acaso sobre las ruinas de más antiguos templos, por el emir

Yacub Almanzor, como expresamente declaran todas las crónicas y narraciones de aquella época. Aunque antes de Yacub existía una gran aljama que labraron los Abbadíes, tal vez en el emplazamiento que ocupó la antigua basílica visigoda, este edificio, sin embargo, por sus reducidas dimensiones no convenía á la preponderancia de una ciudad que heredó de Córdoba la capitalidad del mundo mahometano de Occidente. El llevar á cabo obra de tal naturaleza estaba reservado á las inquebrantables y arraigadas convicciones mahometanas de los almohades, cuyo emir Yusef decretó en 1171 la construcción de dicha mezquita que se apellidó *Chamaa Mukiarrim*, habiendo pronunciado en ella la primera *aljotba* ó panegírico de dedicación, el faquih Abul-Kasim Abd-Errahman Ben Safir natural de Niebla.

Difícil es, después que han transcurrido tantos siglos, restaurar el diseño de la famosa aljama. Sin embargo, por los restos que aun se conservan incluidos en la Iglesia Catedral, llégase fácilmente á deducir los caracteres de su arquitectura. Esta inició un género completamente nuevo que puede llamarse africano ó almohade, y cuyos caracteres son la sencillez en el trazo general y la falta de originalidad en la ornamentación que se halla desprovista de aquella riqueza de combinaciones y motivos tan constante en las obras clásicas del Califato. Á pesar de todo, tal vez sobrepujó á la misma arquitectura cordobesa, por hablar más al espíritu y ser acaso más grandiosa, la arquitectura almohade. Dígalo sinó, su más bello ejemplar, la Giralda, ese monumento que se levanta hasta las nubes lleno de graciosa majestad y desafiando los siglos con su sólida é inimitable construcción. Diez años tardó en delinear su traza y dirigirla por orden de Yacub Almanzor el famoso geómetra Geber Aben Aflah, y al dejarla concluida en 1196, logró realizar una obra que representa en las artes muslímicas y en la historia de la arquitectura mahometana, el dechado de belleza, de que debían tomar modelo para lo sucesivo las construcciones arquitectónicas de los moros andaluces, siendo además entre los monumentos españoles, el compendio del gusto oriental y arábigo infiltrado en la España Cristiana, por recordar, en medio de sus

formas mahométicas, la gracia y esbeltez de las vírgenes de Murillo junto al hermoso templo que por reunir dentro de sí las bellezas del arte musulmán con las del gótico y renaciente, simboliza y compendia las más culminantes vicisitudes de la historia patria.

Á más de la gran mezquita y su alminar los almohades enriquecieron á Sevilla con otros monumentos arquitectónicos. Consta que el mismo emir Aben Yacub abasteció de aguas á la ciudad, y de su época son igualmente varias mezquitas que después fueron convertidas en iglesias.

Por último, como el más reciente recuerdo arquitectónico de los árabes en Sevilla, debe citarse la famosa Torre del Oro, *Borch Addahab* como la llama en su crónica el historiador granadino Abd-el-Halim, quien asegura fué construida en 1226 por orden del walí ó gobernador Cid Abul Ola. Su nombre arábigo es anterior á la tradición que dice guardaba en ella sus tesoros el rey Don Pedro, y la obra, si bien carece de ornamentación rica y variada, es un monumento que revela á primera vista el carácter de la época á que pertenece.

Pocos años después de haber sido edificada dicha torre ó mejor, de la fecha que le asigna el historiador citado, tiene lugar un suceso que se había ido preparando desde que como consecuencia de la derrota sufrida por los almohades en las Navas de Tolosa el año 1212 quedó casi abandonada la ciudad al desquiciamiento y á la anarquía. Tal suceso es la toma de Sevilla por el Santo Rey Don Fernando III. El día 23 de Noviembre de 1248 es fecha memorable en la historia, pues en él acaba la dominación árabe en la famosa Ixbilia, cuyas llaves, llenas de misteriosos signos y caracteres cúficos aun no bien descifrados, pone el moro Asakkaf en manos del Santo Rey, y para siempre se alejan los muslimes de la perla de Occidente cuya pérdida debía después llorar el poeta Abu Beker Saleh en sentidos versos.

IV.

El transcendental suceso de la conquista de Sevilla por San Fernando

no lleva en pos de sí la completa desaparición en ella del arte y cultura muslímicos. Merced á un espíritu de noble tolerancia y á la marcada afición que los reyes de Castilla solían profesar á la literatura y ciencias de los árabes, los mudejares y moriscos no encontraron gran resistencia sino que, por el contrario, algunas veces recibieron protección de los mismos dominadores para conservar su peculiar arquitectura y no dar al olvido las obras literarias de sus antepasados.

He aquí la causa de que extienda mis consideraciones á algún tiempo después de la rendición, para estudiar los vestigios que en la Época Mudejar se ofrecen de la cultura arábigo-hispana.

Digna es en este punto de grandes elogios la conducta del Santo Rey Don Fernando, por su esmero en conservar las obras y ornato de arquitectura árabe en la mezquita mayor que dedicó al culto católico, así como también por haberse opuesto decididamente á que los moros llevaran á cabo su propósito de derribar la Giralda antes de salir de la ciudad.

Durante el reinado de su hijo Don Alfonso, no solamente fueron respetados los preciosos ejemplares del arte muslímico, sino que la grande afición del monarca á toda clase de libros árabes, produjo una marcada influencia de la literatura oriental en nuestra propia literatura.

El muy noble rey Don Alfonso (dice un cronista coetáneo) «auia en su corte muchos maestros de las çiençias et de los saberes á los cuales el facia mucho bien, et por leuar adelante el saber et por noblecer sus reynos,» á lo que se debe que nuestro idioma, durante su reinado, se haya enriquecido con traducciones de las mejores obras científicas de los moros españoles.

Es más, por su especial predilección á esta clase de conocimientos, dos años después de subir al trono fundaba en Sevilla «estudios et escuelas generales de latin et de arábigo» autorizando en las segundas la enseñanza de la filosofía y de la lengua de los sarracenos, y colmando á unos y otras de privilegios y distinciones.

El renacimiento de la afición á la cultura árabe en el reinado de Don

Alfonso, puede considerarse bajo tres puntos de vista: literario, científico y artístico.

En la literatura se nota palpablemente esta influencia con la traducción al romance castellano del libro de apólogos orientales titulado *Calila y Dimna*. Esta colección vertida del índico *Pantcha Tantra* á varios idiomas orientales, lo fué al castellano directamente en 1251, por orden del mismo rey Don Alfonso, según todas probabilidades, del libro arábigo de Abd-Allah Aben Almocaffá al que se ajusta en un todo, conservando los preámbulos que había aquel añadido para explicar el origen de la compilación.

En el campo de las ciencias da nuestra patria los primeros pasos merced á las obras científicas de los árabes que dispuso Don Alfonso verter el castellano. La traducción del *Lapidario* ó «libro de las propiedades de las piedras» se llevó á cabo «en el segundo anno quel noble rey Don Fernando ganó la çibdad de Seuilla.» Perdida por largo tiempo esta preciosa obra, que había traído al árabe de la lengua caldea el renombrado Abolays, vino á manos de Don Alfonso en vida de su padre Don Fernando, el propio año que se ganó Murcia (1241,) por cuya fecha lo adquirió en Toledo de un judío que lo tenía escondido; y le ordenó su traducción del arábigo á su físico Rabbi Jehudah Mosca a Qaton, acompañado del clérigo del mismo rey, Garci Pérez.

Terminado el libro de Abolays, añadiéronle los traductores el *Lapidario* de Mohamed Aben Quich, obra muy estimada en aquellos días.

Mucha más importancia que los Lapidarios, tienen los *Libros Alfonsíes del saber de Astronomía*, magnífica colección que comprende las obras de más fama entre los astrónomos y astrólogos árabes de aquel tiempo, ilustradas con nuevos datos para procurar de esta suerte los adelantos de la ciencia. Forman parte de tan famosa colección *Las Tablas Astronómicas*, el *Libro de la ochava sphera*, el de *La sphera redonda*, el de *El Alcora*, escrito en árabe por el oriental Costha (Alcossi-Ben-Luchah) y traducido en 1259; los de *El Astrolabio redondo* y de *El Astrolabio llano*, compuestos ambos por Rabí Zag de Toledo; y en fin, á más de

otros, el de *La Azafeja* del celebrado Abu Ishak Ben Yhaia Azzarcall ó Azarquiel, sabio toledano autor del instrumento astronómico que lleva dicho nombre, y que dedicó primero al rey Almamun de Toledo y después, habiendo venido á Sevilla, hizo dicha «azafeja» de otro modo más perfecto y la dedicó al rey Aben Abbad.

En todos estos trabajos notabilísimos por la época y por el pensamiento ilustrado que los anima, aparece Don Alfonso como director inmediato, trazando y escribiendo los prólogos de cada libro, corrigiendo el lenguaje y poniéndolo en *castellano derecho*, según él dice. Entre los arabizantes de que se valió para la versión de estas obras, figuran el Rabi Jehudah Mosca, el Rabi Zag Ben Jacub-Hatolaitola, el Rabi Jehudah-bar-Mosseh-ah-Cohen, el Rabi Don Abraham y el Rabi Samuel-ha-Levi, al lado de Maestre Guillén y Maestre Juan d'Aspa, Maestre Fernando de Toledo, Maestre Bernaldo el arábigo y el clérigo Garci Pérez, personificando en este sentido el advenimiento y fusión que en aquella edad se opera, entre las ciencias orientales y las ciencias hasta entonces cultivadas por los cristianos.

Por último, la influencia de las obras árabes en la literatura histórica de Don Alfonso, se advierte en su *Estoria de Espanna*, para la que tomó datos de los mismos cantos populares sarracénicos y en la *Grande et general Estoria*, en cuya confección entraron las narraciones árabes llamadas maravillosas por su estilo seminovelesco.

Las obras de Don Alfonso el Sabio que acabo de citar, son verdaderamente glorias nacionales que honrarán siempre la memoria del exclarecido monarca cuyos venerados restos conserva Sevilla como uno de los mejores títulos de su grandeza.

Este renacimiento de aficiones orientales que siguió á las conquistas de San Fernando, no termina con Don Alfonso X, sino que, después de los reinados de Don Fernando IV y Alfonso XI, se manifiesta nuevamente en el de Don Pedro I, aun cuando en otros órdenes y distintas esferas.

No es mi ánimo renovar aquí la interminable cuestión sobre el carácter de este rey ni de resolver en definitiva si merece ser llamado

déspota cruel ó monarca justiciero; pero sí me atreveré á indicar que la protección que dispensó á las artes y el mérito de las espléndidas edificaciones que llevó á cabo, no deben faltar en la balanza, si el juicio que se forme ha de ser exacto é imparcial.

Además, tampoco han de olvidarse las circunstancias que lo rodearon, y el carácter de las vicisitudes históricas de su época. En aquellos tiempos en que se prepara la consolidación de la nacionalidad, el rey tiene que desplegar inusitadas energías para hacerse superior al poder feudal representado por la nobleza.

Por otra parte, la severidad excesiva de Don Pedro que hay quien llama también crueldad refinada, no fué una condición peculiar del monarca castellano, sino un vicio general de aquellos tiempos, en los que con frecuencia vemos repetirse hechos análogos en todas partes. Regístrense las historias de los califas y de los reyes de taifas ¡qué de crímenes atroces y cruentos no encierran.! Ni debe olvidarse que las relaciones entre las familias reinantes moras y cristianas, solían entonces ser muy estrechas, sin que faltaran enlaces en que la diferencia de religión no era un obstáculo. Si en la persona de Don Pedro de Castilla parece renacer la crueldad de los antiguos emires y regulos árabes, no se olvide que su antecesor Don Alfonso VI se casó con una princesa mora hija de Almotamid, y que no sólo en las familias reales, sino en todas las venas, corría mezclada la sangre de ambas razas enemigas. No debe, por lo tanto, causar extrañeza, el encontrar estos rasgos del carácter apasionado y vehemente de los árabes en el monarca como en la misma gente del pueblo, ni tampoco que en la corte prevaleciera una afición verdaderamente asiática al lujo y la opulencia. De todos modos y llevando adelante tal semejanza, los actos verdaderamente sanguinarios de Almotadid, siempre excederán en crueldad á los del rey Don Pedro, aunque el monarca Abbadita no haya sido tan despiadada y constantemente censurado por la historia.

Estas condiciones especiales de dicho rey, así como las vehemencias y energías de su carácter verdaderamente africano, contienen la razón

del porqué las aficiones arábigas del reinado de Don Alfonso se continúan en el de Don Pedro I, bajo cuyos auspicios renace la arquitectura arábiga, en el famoso Palacio, obra verdaderamente suya, como proclaman los letreros cúficos de sus incomparables *tarbeas*.

El Alcázar de Sevilla, grandioso álbum que conserva un recuerdo de todas las transformaciones musulmanas de la ciudad, ha llegado á ser, por las obras que en él efectuó Don Pedro I de Castilla, el más bello ejemplar del arte mudejar en España. Como símbolo de una síntesis histórica, evoca con sus detalles de diversas épocas las varias fases de la dominación agarena en Sevilla, desde los walíes y los califas de Córdoba hasta los Abbaditas, almoravides y almohades; pero su principal mérito consiste en ser una obra póstuma, es decir, un monumento de la cultura musulmana posterior á su dominación.

No entra, ciertamente, en el plan de este trabajo describir ni avalorar las bellezas del incomparable edificio, pero sí parece oportuno decir algo sobre el más importante de sus adornos, esto es sobre sus detalles epigráficos.

En todas las manifestaciones y épocas de la arquitectura árabe constituyen el elemento primordial de la ornamentación las inscripciones. Y es que el alfabeto arábigo por la gallardía de sus caracteres, por la riqueza de sus nexos y por la diversidad de sus estilos se presta con tanta facilidad á toda clase de combinaciones y dibujos, que con cualquier sentencia ó frase habilmente trazada hay motivos para desarrollar las más bellas tracerías.

Merecen, por lo tanto, las inscripciones del Alcázar que en ellas fije preferentemente la atención el arqueólogo y el erudito, y este interés nace, no sólo de la belleza de los letreros, sino también de su diversa época, toda vez que por la antigüedad de sus caracteres puede facilmente deducirse la historia de tan interesante ejemplar arquitectónico.

Las inscripciones del Alcázar son la síntesis de la historia de Sevilla. Los capiteles del patio de las Muñecas y algunos otros sitios con sus labradas hojas y sus pequeñas advocaciones cúficas, traen á la memoria

por su semejanza con los de la Mezquita de Córdoba la época de los califas, á que pertenecen tales detalles. Los letreros que exornan la curva ultrasemicircular de los arcos del salón de Embajadores, recuerda por su estilo la dominación de los Abbadíes, mientras que la mayor parte de las inscripciones de dicha sala, es decir aquellas que se distinguen á primera vista de las correspondientes al siglo XIV, claramente dan á conocer el orden africano que vino en pos de los almoravides y almohades. Obsérvase, desde luego, en esta diversidad de estilos y épocas el carácter peculiar de la arquitectura arábigo-sevillana, amalgama heterogénea de diversos elementos y último resultado de muy diversas procedencias.

En los fragmentos y trozos arquitectónicos de la época del califato se notan desde luego las influencias que el arte oriental ejerce en nuestra Península durante la dominación de los Abderrahmanes; la sencillez de ornamentación que ofrecen otros detalles, nos recuerda la sobriedad de los *morabitos* africanos recien salidos de la vida nómada, mientras que la gallardía y elegancia de algunas leyendas y combinaciones de adornos, revelan bien á las claras, las diestras manos de los alarifes granadinos en su más florida época.

Esta variedad de procedencias no privan al monumento de su carácter primordial que consiste en ser una obra esencialmente mudejar.

El Alcázar de Sevilla, en su mayor parte coetáneo ó muy poco posterior á la Alhambra de Granada, ofrece diferencias tan marcadas con el palacio de los Nazaritas, que hay necesidad de colocarlo en otro género ó agrupación arquitectónica. En la Alhambra existe una belleza de formas y ornato que revelan la última perfección del arte arábigo en la Península. En el Alcázar de Sevilla encuéntranse reminiscencias y recuerdos de la arquitectura usada por un pueblo vencido que lucha con grandes dificultades para amoldarse á los hábitos y exigencias del vencedor. No se busquen aquí la variedad de inscripciones que exornan á los palacios granadinos. En lugar de aquellas inspiradas poesías, de aquellos extensos relatos históricos grabados en el estuco y en el mármol, y de aquellas fervorosas plegarias y llamamientos á la fe de Mahoma,

encontraránse sencillas advocaciones, frases cortadas, vocablos aislados que se repiten indefinidamente. En las inscripciones de la Alhambra se suceden sin interrupción las alabanzas á Mohamed y á la religión musulmana, mientras que en los letreros del Alcázar de Sevilla se procura evitar semejantes advocaciones. Es porque la Alhambra es un monumento claramente muslímico, mientras que el Alcázar es una obra mudejar, en que los alarifes no se atreven á invocar la religión de sus padres por temor al monarca bajo cuya férula viven y trabajan.

Hay, sin embargo, semejanzas muy marcadas entre ambos edificios, como también las hay entre las luchas de Muley Hacen y las del rey Don Pedro, y entre Zoraya y Doña María de Molina.

Otras marcadas diferencias existen también entre ambos monumentos, nacidas de que la Alhambra, por no haberse habitado desde que de ella salieron los moros, ha podido conservar mejor sus rasgos peculiares; mientras que el Alcázar de Sevilla ha sufrido grandes deterioros en su primitiva disposición por las obras llevadas á cabo en tiempo de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II, y, principalmente, por las mutilaciones efectuadas con el nombre de trabajos de restauración, en los años de 1834 y 1850.

Á pesar de todo, el Alcázar de Sevilla es y será siempre, según dicen las inscripciones talladas en sus puertas, «una obra que agrada y seduce como la luz del crepúsculo, y un trono resplandeciente por sus colores brillantes y por la intensidad de su esplendor.»

He terminado, señores Doctores, la breve reseña que me había propuesto hacer de la cultura de los árabes en Sevilla, sus letras, ciencias y monumentos; permítaseme, con este motivo, que encarezca una vez más la grande importancia del estudio del idioma arábigo, como elemento indispensable para conocer con perfección esta parte tan amena de la historia nacional.

No debe, sin embargo, suponerse que pretenda yo afirmar aquí, que

la utilidad de tal estudio sea exclusiva, y aminore el valor de los demás ramos del saber.

En el inmenso campo de la ciencia que riegan con su sudor los hombre estudiosos, no hay trabajo infecundo. La más noble de las aspiraciones, la posesión de la verdad, es el poderoso móvil que da impulso á esas rudas tareas, ora entorpecidas con graves y difíciles obstáculos, ya coronadas con la consecusión de brillantes éxitos, pero nunca estériles cuando van guiadas por la buena fe. Véase aquí el valor y el fin altamente transcendental de estos establecimientos, á donde la juventud viene para aprovecharse del fruto conseguido después de tantos afanes, ilustrándose con el conocimiento de la verdad y ennobleciéndose con el amor al bien y á la virtud, hermoso resultado que por sí bastaría, si fuera solo, para compensar los afanes que trae consigo la investigación científica. Pero la utilidad de esta no se circunscribe á esferas meramente ideales, pues los conocimientos tienen un valor positivo que dimana de sus múltiples y transcendentales aplicaciones.

Semejante á la nube que asciende de la tierra y luego se dilata por la atmósfera para llevar á todas partes con su grato rocío la fertilidad y la abundancia, así la ciencia, si primero se abstrae de las cosas materiales elevándose á la esfera de lo suprasensible, es para descender más tarde convertida en hechos y principios de gran valor para la vida práctica.

Dígase sinó; esos grandes y portentosos inventos de la edad moderna que hacen desaparecer las distancias estrechando cada vez más las relaciones de los individuos y de las sociedades ¿qué son, sino aplicaciones á la práctica de progresos realizados anteriormente en el campo de las ciencias especulativas.?

Así también el estudio de las lenguas orientales, que á primera vista parece cosa árida é inútil, si con algún detenimiento se considera, hay que reconocerle un valor y una importancia incalculables.

Á más de las verdades del orden natural, fruto de la investigación científica, existen otras de elevada procedencia, cuyo origen se remonta hasta las primeras generaciones, y que han venido siendo base y

fundamento de toda sociedad bien constituida en la larga historia del género humano. Contra las diversas escuelas y opiniones de otra clase, la ciencia tradicional ha sostenido constante lucha para defender tan altas verdades, cuya base y principio es la divina revelación consignada en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento.

Que la posesión de las lenguas orientales y semíticas tiene grande importancia para tales lides, cosa sabida es. Desde que San Jerónimo se consagra en la soledad del desierto al estudio del idioma hebráico para traducir por vez primera al latín los Sagrados Libros hasta los recientes y portentosos trabajos de Burnouf, Lenormant, Oppert y Schrader sobre las inscripciones cuneiformes de Nínive y Babilonia, el estudio de las lenguas orientales ha sido siempre el fundamento de las vindicias bíblicas, ya descifrando curiosísimos restos epigráficos, ya descubriendo en muy raros códices, versiones antiquísimas de los Libros Sagrados al árabe, al etiópico, al siro-caldáico; y los nombres de Buxtorf, Edkins, Ewald, Gesenius y Prüfer unidos á estos valiosos descubrimientos, si honrarán á la ciencia contemporánea, podrán también añadirse al de los antiguos apologistas, en cuanto han contribuido con sus trabajos á mantener la recta interpretación é integridad del Sagrado Texto.

No dejaremos tampoco de consignar, ya que hacemos mención de aquellos sabios que más se han distinguido, principalmente en nuestros tiempos, por su amor al estudio de las lenguas semíticas, que en lo referente al idioma arábigo, también ha tenido nuestra época muy egregios representantes en Freitag, el barón de Sacy, Kasimirski, Hammer-Purgstall, Weil, Wiliams Reid, Beaussier, Cherboneau, Slane, junto á los que ocupan un puesto distinguido los españoles Estébanez Calderón, Banqueri, Malo de Molina, Moreno Nieto y otros notables escritores que aun viven y cuyos nombres me abstendré de citar por no lastimar su modestia.

Sirvan ejemplos tan preclaros de noble estímulo á la juventud que acude á nuestras aulas para dedicarse con asiduidad al estudio de las literaturas clásicas é idiomas orientales, por si algún día logra altura

igual y reputación parecida. Crezca en el ánimo de todos el noble deseo de aprender; guíenos siempre en nuestras investigaciones y trabajos el más desinteresado amor á la verdad, pues sólo así conseguiremos ennoblecer nuestra alma, mejorar nuestras costumbres y, en una palabra, elevarnos y aproximarnos cada vez más á Dios, que es el único bien y en cuyo infinito entendimiento se contiene la razón suprema de todo cuanto existe.

He dicho.